

**“¿Qué puedo hacer ante la inmensidad y grandeza de Dios? Ofrecer los dones de la tierra, la vida y la entrega de mi propia voluntad” (Sta. Rafaela María)**

**Señor, concédeme la gracia de abrir bien los oídos de mi corazón para descubrir tu presencia y escuchar tu voz.**



“En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, Santiago y Juan, subió con ellos a una montaña alta para orar. Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. Se les aparecieron Elías y Moisés con gloria, que conversaban con Jesús. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria. Mientras los dos hombres se alejaban, Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: *Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.* No sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz desde la nube que decía: *Este es mi Hijo amado, el elegido, escuchadlo.* Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Cuando bajaban de la montaña Jesús les dijo: *No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.* Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos. De momento guardaron silencio y no contaron a nadie lo que habían visto”.

(Lc. 9, 28-36)

La montaña es un lugar simbólico, un lugar sagrado donde Dios se manifiesta. Es lugar de encuentro con Dios. En la vida de Jesús, los montes son lugares significativos que marcan momentos importantes: anteriormente, bajó del monte al llano con sus discípulos para proclamar las Bienaventuranzas; ahora en el Monte Tabor recibe una nueva experiencia de amor de su Padre; más tarde en el monte Calvario se entregará por amor a nosotros.

Si Jesús vive la experiencia del Tabor antes de la del Calvario es porque nadie puede ir al sufrimiento y a la cruz si antes no ha experimentado el amor de Dios. Jesús ascendió al monte Tabor porque su destino doloroso sólo se puede contemplar adecuadamente desde la perspectiva del amor de Dios. Impulsados por la experiencia del amor personal de Dios, tomamos la decisión de hacer la voluntad del Padre, cualquiera que ésta sea. Sólo quienes han escuchado la voz de Dios que les declara su amor personal e incondicional, solo los que se experimentan amados por Dios, pueden decirle “no se haga mi voluntad, sino la tuya” y ser capaces de entregar su vida por los demás.

Subir al monte Tabor significa dar un paso en nuestra fe: en él nos abastecemos del amor y la fuerza necesaria para llevar la Cruz. El monte Tabor no es para hacer tres tiendas en su cumbre, sino para descender y recorrer los caminos que conducen a Jerusalén y culminan en el Calvario, donde entregamos voluntariamente nuestra vida por los demás.

**Hoy podemos caminar y subir al monte Tabor** a través de la oración. Gracias a ella podemos entender la grandeza de Dios, descubrirlo y escucharlo.

**Hoy el Señor sigue transfigurándose para nosotros:** cada vez que participamos de la Eucaristía revivimos el prodigio de la presencia de Dios, que desciende a la cima del monte y a quien nosotros podemos contemplar. Pero la Eucaristía no termina en el templo, sino que hemos de bajar al mundo para anunciar lo que hemos contemplado y vivido. La Eucaristía es contemplación comprometida.

**Hoy la voz de Dios nos dice: Escuchadlo.** Escuchemos a Jesús, sigámosle. Escuchémoslo en el mundo, en la realidad sufriente, en nuestros hermanos. Sigámosle, poniéndonos en camino con él, para hacer de la propia existencia un don de amor para los demás.